

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de
la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA

Viudedad y vejez

Estrategias de adaptación a la viudedad
de las personas mayores en España

Pedro Sánchez Vera (dir.)

M^a Teresa Algado Ferrer

Felipe Centelles Bolos

Juan López Doblás

Beatriz Jiménez Roger

Serie
EDAD Y SOCIEDAD

La colección Edad y Sociedad se propone dar respuestas diferenciadas a las necesidades surgidas en las distintas etapas del ciclo vital clásico, infancia, juventud, adultez y vejez, debido a los nuevos fenómenos sociales.

Está dirigida por el profesor Dr. Jesús Hernández Aristu, profesor titular de Trabajo Social en la Universidad Pública de Navarra y Andreu López Blasco, Dr. en Sociología y Director del equipo de investigación de A.R.E.A. (Valencia).

Coleccion edad y sociedad - nº10

Los Viudedad y vejez

Estrategias de adaptación a la viudedad de las personas mayores en España

© Pedro Sánchez Vera (dir.)

M^a Teresa Algado Ferrer

Felipe Centelles Bolos

Juan López Doblas

Beatriz Jiménez Roger

© Derechos de edición:

Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A.

Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82. C/ Periodista Badía, 10. 46010 Valencia

E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de portada e interiores:

Pablo Navarro, Nerina Navarrete y Artes Digitales Nau Llibres

Imprime:

Lozano Impresores

ISBN13: 978-84-7642-788-0

Depósito Legal: V - xxxx - 2009

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.



“A todas las personas mayores viudas
que abordan con dignidad
las penurias y soledades
de su nuevo estado civil”

Índice

Introducción	9
Capítulo 1. Aspectos sociodemográficos de las personas mayores viudas en España	25
1. Factores determinantes: edad y sexo	30
2. Segundas nupcias.....	31
3. La mortalidad.....	31
4. El suicidio	32
5. Las pensiones.....	33
6. La actividad laboral y de ocio.....	34
7. Los tipos de hogares	35
Capítulo 2. Aproximación sociológica al proceso de adaptación a la vejez	37
1. Teorías sociológicas en relación con las estrategias de adaptación a la vejez.....	37
1.1. Teoría de la desvinculación	39
1.2. Teoría de la actividad.....	42
1.3. Teoría de la continuidad	44
2. Vejez y estilo de vida	45
3. Envejecimiento satisfactorio.....	48
4. Vejez y calidad de vida	51
5. Vejez, ocio y altruismo	52
6. Vejez y dependencia	55
Capítulo 3. La adaptación a la viudedad desde la perspectiva cualitativa: análisis de las entrevistas a testigos privilegiados.....	57
1. La viudedad como trauma para las personas mayores	59
2. Repercusiones de la viudedad sobre el estado de salud: depresión y sentimientos negativos.....	61
3. Cambios en el uso del tiempo de las personas al enviudar.....	63
4. Consecuencias económicas de la viudedad	66
5. Sentimiento de soledad.....	68
6. El cambio de domicilio a partir de la viudedad.....	70
7. La adaptación a la viudedad	75
8. Diferencias de género en la adaptación a la viudedad y a un nuevo rol....	77

9. Estrategias para la adaptación a la viudedad	79
10.El envejecimiento activo	84
Capítulo 4. La adaptación a la viudedad desde la perspectiva cuantitativa: análisis del cuestionario sobre personas mayores viudas.....	87
1. Rasgos sociodemográficos de los encuestados	87
2. Las circunstancias de la viudez	92
2.1. Edad a la que ocurre la viudez.....	92
2.2. Tiempo que se lleva de viudedad.....	92
2.3. Forma de enviudar	93
3. Las consecuencias inmediatas de la viudez.....	94
3.1. Tiempo necesario para reorganizar la vida.....	94
3.2. Problema fundamental aparecido tras enviudar	96
3.3. Evolución de la salud, la economía y las relaciones	100
4. Apoyos y estrategias en la adaptación a la viudedad.....	108
4.1. Estrategias de adaptación a la viudedad	108
4.2. Influencia sobre creencias religiosas y políticas.....	112
5. Aspectos del presente de las personas viudas.....	114
5.1. Nueva relación de pareja	114
5.2. Frecuencia con que se ve a la gente.....	117
5.3. Vinculación con la familia política.....	124
5.4. Satisfacción con relaciones interpersonales	126
5.5. Frecuencia del sentimiento de soledad.....	128
5.6. Actuaciones para superar la soledad	130
Capítulo 5. Conclusiones	133
1. Conclusiones de las entrevistas a testigos	133
2. Conclusiones de la encuesta	135
Bibliografía	139

Introducción*

a la Conservaduría sólo le interesa saber cuando nacemos, cuando morimos y poco más, Si nos casamos, nos divorciamos, si enviudamos, si nos volvemos a casar, a la Conservaduría le es indiferente si en medio de todo eso somos felices o infelices, La felicidad o la infelicidad son como las personas famosas, tanto vienen como van, lo peor de la Conservaduría es que no quiere saber quiénes somos, para ella no pasamos de un papel con unos cuantos nombres. (José Saramago: *Todos los nombres*. Madrid: Alfaguara, 226-227).

La viudez es un acontecimiento trágico, complejo y generalmente inesperado, que incide especialmente en las personas mayores. Es uno de los grandes seísmos (Wallace, 2000) a los que se ve sometido el sujeto emparejado, teniendo efectos en muchos casos traumáticos, pues se trata de afrontar la muerte de un ser querido fuertemente entreverado en la personalidad individual. Cuando este acontecimiento deviene en la vejez, la situación se torna especialmente disruptiva para la cotidianidad del sujeto mayor.

A pesar de la proliferación de estudios sobre vejez, el interés directo que se ha dispensado a la viudedad es relativamente escaso, máxime si tenemos en consideración las importantes transformaciones que este acontecimiento genera en la persona mayor, que suele ver alterada su vida cotidiana, viéndose frecuentemente obligada a reajustar sus procesos y mecanismos de inserción social.

La proliferación y efervescencia de los estudios sobre vejez y envejecimiento de los últimos años han favorecido distintas aproximaciones a la problemática de la viudedad, a través de estudios e informes (IMSERSO, 2000 y 2002; SECOT, 1995 y 2001) o al abordar problemáticas diversas asociadas a la vejez. Los estudios sobre vejez en España han incidido en el asunto desde la perspectiva de la situación que

* Este libro se corresponde con una de las líneas de investigación del Grupo de Investigación “Sociología del bienestar y del Envejecimiento” del que es Director Pedro Sánchez Vera (Catedrático de Sociología de la Universidad de Murcia). Forma parte de un estudio mucho más amplio, y está soportado en los proyectos: Proyecto I+D+i (ESADAVI) IMSERSO: 68/05; Proyecto SEJ2007-62565/SOCI I+D+I MEC (Promoción General de Conocimiento).

acompaña a las personas mayores viudas, en general para dar entrada a la situación de soledad, de precariedad económica y de vulnerabilidad social a la que frecuentemente se ven sometidas estas poblaciones tras la pérdida del cónyuge. Entre estos estudios merecen ser destacados los ya referidos informes del IMSERSO así como los del Centro de Investigaciones Sociológicas de España (CIS) (Estudios 2117, 2072, 2224, 2291 y 2279). Con todo y con ello, quedan muchas lagunas de investigación en el caso de la viudez y más en concreto en el conocimiento de los distintos procesos y estrategias de adaptación a la viudedad que siguen los mayores en España.

Desde los trabajos preliminares de Alberdi y Escario (1988, 1.990) –circunscritos a las mujeres viudas– y los más recientes –uno referido la viudedad en edades jóvenes (Houle, Solsona y Treviño, 2001) y otro sobre trayectorias familiares tras la viudedad (Spijker, 2.007)– apenas se ha estudiado la viudez en España de manera directa. En cualquier caso, y tal como hemos referido, han sido frecuentes las referencias a ésta de manera indirecta, como, por ejemplo, las alusiones a la viudedad de distintos autores (Carrasco y otros, 1997; Flaquer, 1994; Fernández Cordón y Tobío, 1998; Moreno, 2000), a la hora de estudiar la situación y/o evolución de los hogares monoparentales (o “monomarentales”).

La viudedad es sin duda uno de los acontecimientos vitales más dolorosos para una persona mayor. En general, se suele tratar de sujetos mayores, que han tenido una larga convivencia, con una diáfana división de roles de género y un alto nivel de implicación entre ambos, hasta el extremo de que sus personalidades se han entreverado. Así, la pérdida del cónyuge, además del quebrantamiento afectivo que supone, implica un incremento de la soledad y la incapacidad de realización de ciertas funciones importantes, que por supuesto varían en función del género del mayor viudo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalaban Alberdi y Escario (o.c: 1.990: 7): “La viudedad es una de las situaciones sociales en las que cambian más dramáticamente las circunstancias sociales del individuo: su posición social y en función de ello sus obligaciones y responsabilidades”.

En los estudios sobre la población mayor son frecuentes las perspectivas de género (Alber y Gynn, 1996), incidiéndose, en general, en la problemática de la mujer mayor viuda (Alberdi y Escario, 1988 y 1990), puesto que nos referimos a una población fundamentalmente femenina y con elevadas dosis de vulnerabilidad social. Estos estudios han surgido ante situaciones económicas que han venido marcadas por la precariedad y la dependencia del marido respecto a la pensión de jubilación. Sin embargo, falta un estudio global y actualizado sobre la situación de las personas mayores viudas en España en la que se integren tanto varones como mujeres. A pesar de que, en general, la situación de los viudos mayores se presenta menos vulnerable

desde el punto de vista económico, las diferencias de género en la adscripción de roles dejan al varón mayor en situación de indefensión para afrontar la soledad residencial, al tener una mayor dependencia conyugal. Incluso la diferente esperanza de vida que muestran varones y mujeres de la misma edad tras el enviudamiento es un asunto cargado de contenido sociológico, tal como ha sido puesto de relieve por distintos especialistas (Kaprio, Koskenvuo y Rita, 1987: 283-287).

En algunos estudios sobre sociología de la muerte (tan ligados a los viudedad), se ponen de relieve las diferentes actitudes ante la muerte en función del género. Sobre la experiencia de la impronta de la muerte en la mujer viuda, M^a Angeles Durán dice lo siguiente: “A las mujeres les afecta más la muerte porque no sólo tienen que encarar la suya propia, sino la de sus más próximos familiares y amigos. Son ellas quienes se ocupan principalmente de los enfermos y de los que van a morir, quienes les acompañan y cuidan durante la enfermedad, la vejez, la discapacidad y los momentos finales de la vida. Además, también les corresponden socialmente la mayor parte de las actividades relacionadas con los procesos de duelo post-mortem: el enterramiento, funerales y honras fúnebres, así como el mantenimiento del recuerdo y la memoria colectiva” (Durán, 2004: 13-14). Esta misma autora, comentando las principales preocupaciones de las mayores y a propósito de las Encuestas del CIS N^o 2244 y 2279 de 1.997 y 1.998, comentaba lo siguiente: “Finalmente, no podemos dejar de subrayar que la respuesta «pérdida de amigos» aparece citada once veces más que la «pérdida de cónyuge». ¿A qué se debe? Quizá se deba a que no puede tenerse miedo o preocupación por lo que ya se ha producido, la situación de viudez; o porque el círculo de parientes y amigos incluye a tantas personas que el riesgo de perder a alguno de ellos es casi una certeza. En cualquier caso, éste es un dato sorprendente que invita a la reflexión sobre los límites de la identidad y sobre el papel que el cónyuge y los amigos y demás familiares juegan en la definición de uno mismo y de la calidad de vida” (o.c: 18).

Otro ámbito frecuente de reflexión sobre la viudez ha sido el de la perspectiva del bienestar social, fundamentalmente en todo lo concerniente a la precariedad económica de las pensiones de viudedad (Paniagua, 1993; Pérez Díaz, 1996; Pérez Ortiz, 1996 y 1998; Salvador, 1997; Sánchez Vera y Bódalo, 2000; SECOT, 1995).

La perspectiva familiar de la vejez, incidiendo en sus aspectos de reciprocidad y solidaridad intergeneracional, debe ser estudiada en mayor medida, máxime si tomamos en consideración las crecientes limitaciones que presentan los estados del bienestar, la implicación entre vejez, protección social y dependencia y el gran abismo existente entre la relevancia social de la familia y la invisibilidad de las funciones familiares en la contabilidad nacional en las fuentes estadísticas oficiales (Durán, 2000).

Un fenómeno a considerar es el de la nueva viudedad, en la medida en que ésta se asocia a las nuevas formas de familia. Cada vez es más frecuente entre los especialistas hablar de la soledad a la que, de manera creciente, se ven sometidos los mayores. Así, desde la perspectiva familiar, son frecuentes las reflexiones sobre el debilitamiento de la red familiar como ámbito de ejercicio de la solidaridad entre generaciones (Fukuyama, 2000). Un asunto que merece un interés creciente entre los expertos en sociología de la vejez es el que concierne a los distintos ámbitos de transición a los que se ven sometidos los mayores. Así, y a modo de ejemplo, son importantes la entrada en la viudez, la transición de la tercera a la cuarta edad o la pérdida de autonomía residencial (Bazo, 1991, 1992a, 1992b, 1996).

De otra parte, como consecuencia de las dificultades para encontrar trabajo por parte de los hijos, aparece la tendencia a postergar su abandono del hogar familiar. Esta circunstancia está incidiendo, en muchos casos, en el empobrecimiento de hogares cuyo cabeza de familia es un jubilado y en no menos ocasiones una persona viuda. En numerosas ocasiones, este último tipo de hogares –monoparentales generalmente– se ven sometidos a una manifiesta precariedad económica, cuando no empobrecimiento (Iglesias de Ussel, 1998). Así, algunos expertos señalan que, como consecuencia de las dificultades de los jóvenes para independizarse, se está produciendo un adelanto de la herencia que frecuentemente se produce tras el fallecimiento de uno de los cónyuges. Incluso se ha constatado la presencia de “herencias negativas” por el apoyo de los padres a los hijos y el descenso del valor de las pensiones, la descapitalización que hubieron de soportar para adelantar la transmisión del patrimonio, que puede restar independencia económica al sujeto mayor o quedar, incluso, a merced de la solidaridad filial (Iglesias de Ussel, 1998).

Otro aspecto, a todas luces interesante desde la óptica económica, es el del crecimiento del número de ancianos con cargas familiares. Aunque no tenemos muchas investigaciones al respecto, todo hace indicar que sobre algunos mayores viudos está recayendo una responsabilidad familiar importante que incluye la crianza de los nietos y, de forma creciente, el cuidado de sus propios progenitores de muy avanzada edad.

El asunto de la soledad es el gran tema de las sociedades modernas y particularmente de las envejecidas. El abordaje de este tema tiene múltiples ámbitos pero, siendo como es un hecho objetivo, el sentimiento de soledad está relacionado con una gran variedad de acontecimientos, tales como los estilos de vida o el capital cultural. La soledad, tanto la real como el sentimiento de la misma (soledad subjetiva), que como hemos señalado en otros lugares están entreveradas (Sánchez Vera, 1993), afecta a muchos adultos mayores recién

llegados a la viudedad y conlleva distintas estrategias de adaptación a la misma o ciertas patologías de salud física y mental que tienen su base en el insufrible sentimiento de soledad que soportan muchas personas mayores viudas. En el caso de los varones, algunos especialistas (Arber y Ginn, 1996) han puesto de relieve la desigual estrategia de género para conllevar la viudedad cuando ésta va asociada a la soledad residencial, siendo particularmente el varón viudo el que peor es capaz de desenvolverse en esta situación (López Doblas, 2005).

A la hora de estudiar las distintas clases de soledad residencial en los mayores, se pueden establecer varios grupos:

- El grupo más numeroso de mayores que forman parte de la vejez solitaria está compuesto por las personas viudas. En este grupo están, de un lado, los mayores que ingresaron en la soledad residencial tras perder a su cónyuge teniendo ya emancipados a todos sus hijos. Los sujetos que enviudaron en edades cercanas a los 65 años o habiendo rebasado dicha edad tienen como rasgo característico el brusco tránsito que sufrieron desde la etapa de nido vacío a la soledad residencial, dándose la circunstancia de que, en la mayor parte de los casos, estas personas ya no cuentan con ascendientes vivos y tienen emancipados a todos los hijos. De otro lado están los que tuvieron una viudedad más prematura y se vieron al frente de un hogar monoparental en el caso de tener hijos. En este último caso, el acceso a la soledad residencial es producto de la emancipación del último de sus hijos (en el caso de que tuvieran varios). Esta circunstancia es cada vez más frecuente que se produzca después de los 65 años de edad.
- Un segundo grupo lo forman las personas mayores que permanecen solteras. Dentro de este grupo estarían a su vez: los que acceden a la soledad al morir sus progenitores y los que ya tienen una experiencia dilatada de vida en solitario.
- Un tercer y último grupo, de menor pero creciente alcance entre los mayores de España, en comparación con otros países europeos, lo constituyen los separados y divorciados que llegan a los 65 años residiendo solos.

A la hora de conocer los efectos no deseados de la viudedad, es un hecho constatado la falta de ilusión y de ganas de vivir que atenaza a muchos mayores al llegar a este estado. Es por esto que un indicador de interés para conocer el estado anímico de los mayores al llegar a la viudedad es el estudio de las tasas de suicidio de personas mayores viudas. Así, por ejemplo, el estado de viudedad aportó en el año 2003, el 10% de los suicidas, porcentaje que es sensiblemente inferior al de los casados o solteros. En relación con su propia población, las probabilidades de suicidio de las

personas viudas ocupa el segundo lugar después de los separados/divorciados con un 0,083 por mil. El comportamiento de las personas viudas en relación con el fenómeno del suicidio revela que los varones se suicidan más que las mujeres –tres suicidas varones por cada mujer suicida–. La evolución de los datos del suicidio de viudos en los últimos veinticinco años indica un descenso importante, cuya explicación se encuentra en los cambios de mentalidad habidos en la sociedad española respecto de la “dependencia emocional y económica” de sus cónyuges, especialmente en el caso de las viudas. En cuanto a las edades, no se aprecian cambios importantes en los comportamientos fundamentales del suicidio, incluyendo, la mayor incidencia del suicidio en las personas de 60 y más años de edad.

Entre los problemas de adaptación a la soledad de las personas mayores viudas se encuentra el que, en los últimos años de vida como pareja, hayan disfrutado de una alta satisfacción matrimonial. Son abundantes los estudios que defienden la teoría de que, desde una perspectiva cronológica en la vida de la pareja, la satisfacción matrimonial sigue una curva en forma de U: el matrimonio comienza con satisfacción elevada, decreciendo a medida que aparecen nuevas obligaciones y responsabilidades y, en los últimos años, al desaparecer las obligaciones laborales y paterno-filiales, el matrimonio vuelve a presentar una elevada satisfacción en ambos cónyuges. Por otra parte, encontramos autores que hablan de las dificultades de ajuste que se producen en el matrimonio tras la jubilación, en parte relacionadas con la feminización en el uso del tiempo por parte de los varones jubilados. La pérdida del cónyuge no tiene sólo un significado personal y afectivo, sino que supone un giro en las redes sociales que el individuo mantiene, alterándose cuando se modifica la unidad familiar por la pérdida de uno de sus miembros. Con el paso del tiempo y, sobre todo en la vejez, se viven algunas experiencias especialmente duras que suponen una ruptura con su vida anterior. Son vivencias que pueden tener graves consecuencias emocionales para quien pasa por ellas (depresión, soledad, pérdida de la autoestima, etc.). La muerte del cónyuge es el acontecimiento más traumático por el que pasan las personas mayores. Cuanto más unida está la pareja, mayor será el impacto emocional de la muerte de uno de ellos, sin que la presencia de otras personas alivie los sentimientos de soledad y tristeza.

Un asunto muy referido entre los especialistas es el del incremento de las relaciones familiares tras la viudedad. En el caso de la mujer viuda, es frecuente el repliegue hacia la vida familiar, volcándose con los hijos y nietos (Bazo, 1991 y 1993; Treas, 1977). Las relaciones entre hermanos adultos no es un hecho que goce del interés de los sociólogos pero, sin embargo, en el caso de los mayores solos, merecería ser abordado con más atención ya que, aunque durante la niñez

y la adolescencia los contactos entre hermanos son frecuentes por la obligada convivencia en el hogar, a partir del matrimonio y la entrada en el trabajo, estos contactos se ven distanciados. En la madurez y la ancianidad, se produce una mayor unión por razones diversas, bien sea porque disponen de más tiempo, porque se apoyan más entre ellos o, simplemente, porque deben resolver problemas comunes tales como el patrimonio o el cuidado de algún progenitor. La jubilación y sobre todo la viudedad acercan de nuevo a los hermanos (Rosenmayr y Koekeis, 1963). En este caso, las diferencias de género son importantes, pues suelen ser las hermanas las que se ocupan más de los padres y de los hermanos viudos. Con todo, mientras en el pasado era frecuente la existencia de una hermana soltera que se dedicaba casi en exclusiva al cuidado de sus padres mayores, en la sociedad moderna, con una alta ocupación de la mujer, se buscan sistemas externos o nuevas formulas para potenciar la participación de la familia y de los hermanos en el cuidado de los ancianos.

Referido al mayor acercamiento de la persona mayor viuda a la familia, es posible que la disponibilidad de tiempo y la necesidad de llenarlo afectivamente tras la viudedad haya tenido unos efectos muy valiosos e incommensurables en las familias españolas ya que, entre otras cosas, se produce un reforzamiento del rol de abuelo/a que favorece las relaciones familiares y satisface la vida del mayor viudo. Este hecho es relativamente desconocido en España pero de indudable trascendencia (Iglesias de Ussel, 1996: 35).

La cuestión del equilibrio emocional que proporciona al mayor permanecer en el seno de la familia ante situaciones adversas hay que tomarla en cuenta. La atención personal que se produce en el seno de la familia (frente a la que dispensan las instituciones), al igual que el papel identitario que proporciona la familia para el sujeto mayor, son factores que no pueden pasar desapercibidos. Como señala Pastor Ramos (2002: 323-324),

Hay sucesos dramáticos en la vida que pueden romper la continuidad existencial y desintegrar la unidad del yo. Uno de esos sucesos es el encontrarse de pronto solo, después de que hayan muerto alrededor la propia esposa/o y los demás parientes. Cuando una persona ya no puede relacionarse en esta vida con ningún familiar y sólo con amigos, compañeros, asistentes sociales o profesionales, es como si accediera a una existencia distinta, en la que el propio pasado histórico resulta ininteligible para todos los interlocutores. Pues bien, es el contexto familiar el que proporciona al anciano sobre todo al viudo, un soportable sentido de la continuidad vital entre su feliz pasado, su amargo presente y su incierto futuro.

El asunto de la identidad de la sujeto tras el enviudamiento es harto complejo. Tal como señalaban Alberdi y Escario (o.c: 1.990: 7) referido a la mujer viuda: “¿Qué ocurre cuando la situación de una mujer que se definía primordialmente por su vinculación personal, afectiva, civil y económica a un hombre queda alterada por el fallecimiento de éste? ¿Cuándo comienza a definirse una mujer como individuo, una nueva trama de relaciones sociales?

La viudedad, por tanto, es un acontecimiento de gran incidencia en la vida del mayor, no sólo por la merma de las condiciones funcionales que supone, sino, sobre todo, por la carencia de un apoyo afectivo y la merma económica. Así, la soledad y la vulnerabilidad o fragilidad económica van a ser factores altamente determinantes en la caracterización de la viudedad en la vejez.

No es de extrañar, pues, que los hijos suelen convertirse en un sistema supletorio de apoyo afectivo –y a veces económico– para el mayor que accede a esta situación (Pastor Ramos, 2002: 322). Los estudios de Sociología de la Vejez, desde los más clásicos (Morgan, 1976: 687-695) a los más actuales (Bazo, 2002), revelan, como hemos dicho más arriba, que la familia era el más importante componente de bienestar psíquico y de satisfacción en los mayores solitarios.

De igual manera, un asunto abordado entre los expertos es el de las diferentes estrategias con que las personas mayores viudas afrontan su nueva situación de soledad, en función de su realidad social objetiva (género, situación familiar y económica, edad y estado de salud, principalmente) y de sus actitudes sociales (vejez activa). Entre las estrategias más referidas, nos encontramos las siguientes:

1. la aceptación de la viudedad ante la necesidad de continuar con la vida propia (Iglesias de Ussel, 2001),
2. el establecimiento de relaciones a través de visitas, viajes y contactos sociales, principalmente con la familia (Rosenmayr y Koekeis, 1963),
3. el consumo de medios de comunicación (Sánchez Vera, 2001) y
4. el recurso a la religión (IMSERSO, 2002).

De otra parte, una manera de adaptarse y de superar muchos de los problemas devenidos de la viudedad en las personas mayores es el restablecimiento de relaciones sociales autónomas que, en muchos casos, pueden producir la cristalización de relaciones afectivas y amorosas con personas de otro género; asunto del que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2006 y 2007).

Aunque tradicionalmente ha habido en nuestras sociedades una visión edadista sobre la vejez que ha llevado a no considerar adecuado, a partir de ciertas

edades y estados civiles, mantener relaciones de amor y sexo con personas de otro género, el nuevo matrimonio o el mantenimiento de relaciones de noviazgo es un fenómeno que debe ser tomado en consideración como una estrategia para la viudedad, hecho que sin duda irá cobrando más cuerpo en el futuro.

Sin embargo, el alcance objetivo de esta nupcialidad es muy bajo, por lo que aún no se puede hablar de una estrategia ante la viudedad. En un trabajo referido a España (Sánchez Vera y Bote, 2007), se pone de relieve cómo las relaciones sentimentales y/o matrimoniales están escasamente arraigadas entre las personas mayores, tal como lo atestigua el hecho de que tan sólo un 3,3% haya iniciado una relación después de los sesenta y cinco años, a pesar de lo cual más de la mitad afirman conocer a alguien que una vez cumplidos los 65 años ha entablado una relación afectiva. En cualquier caso, el número de matrimonios en las que intervienen personas de 65 años o más es residual (en torno al 1%). Cabe decir, con todo, que el tema de las relaciones afectivas y amorosas entre personas mayores ha sido escasamente abordado por la sociología o, a lo más, ha sido tratado con cierta distancia como si de un asunto menor se tratara. Askham (1996) señala la escasez de estas investigaciones, tanto en el ámbito anglosajón como norteamericano, donde lo más que se encuentra es alguna breve referencia a estudios sobre satisfacción conyugal o reparto de tareas domésticas en matrimonios ancianos.

Otro problema por el que recientemente se ha interesado la sociología de la familia y de la vejez es la necesidad de comprender las diferentes implicaciones de la viudedad en función del género, ya que los efectos son bien diferentes entre hombres y mujeres. De otra parte, aparecen nuevas formas de relación entre mayores de diferente sexo –de las que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2007)–, como es el “vivir juntos pero separados” –“living apart together”–, hecho que tal como señalan algunos especialistas se hace extensivo a personas mayores del mismo sexo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalamos en una investigación anterior (Sánchez Vera y Bote, 2007), la posibilidad de entablar una nueva relación amorosa aparece como una estrategia activa (coping strategy) para enfrentarse a la situación de soledad que deviene tras la viudez y que suele producirse tras haber superado la primera fase de dolor y luto, estrategia que en lo personal tiene una efectos muy beneficiosos en la calidad de vida del mayor (Utz y otros, 2002).

De otra parte, sorprende la escasa incidencia de este fenómeno entre los mayores, bien sea a través del matrimonio o del “living apart together”, siendo dominante la proporción de mayores viudos que prefieren continuar viviendo solos. Este hecho puede deberse, en unos casos, a la naturaleza idealizada de

las relaciones anteriores, o bien a que no fueron especialmente gratificantes por diversas razones: requerimiento de especial cuidado por enfermedad u otras más ligadas a la convivencia y a la vida conyugal. En cualquier caso, es frecuente encontrar una cierta distancia entre los mayores viudos al hecho de tener una nueva relación afectiva aun a pesar de que en términos generales y conceptuales este hecho les parezca bien “para otros”. De esta manera, entre las personas mayores viudas, suele darse el hecho de que no desean renunciar a su nueva independencia, a pesar de que tengan episodios de soledad, dándose por satisfechos con su relación anterior, hecho que igualmente ha sido reseñado por otros especialistas (De Jong Gierveld, 2002). En este asunto, también las diferencias de género son extremadamente importantes, pues la mayor dificultad del varón para afrontar las tareas funcionales y la vida en soledad les conduce –en mucha mayor medida que a la mujer mayor viuda que se desenvuelve mucho mejor al llegar a la viudedad– a buscar estrategias más activas de compañía, asunto éste del que se han ocupado muy variados especialistas (Lopata, 1996; Davidson, 2001; Stevens, 2002; Iglesias de Ussel, López Doblas y otros, 2001).

La socióloga estadounidense María Talbott llevó a cabo durante la década de los noventa un estudio de alcance medio (algo más de sesenta entrevistas) sobre actitudes de viudas de edad avanzada hacia los hombres y el segundo matrimonio (Talbot, 1998). Para ello, Talbott consideró diversos aspectos de gran relevancia para conocer qué factores influían en la conformación de dichas actitudes, tales como las características de su primer matrimonio, la salud o el estado económico. De esta forma, se estaba conociendo la dimensión social de un aspecto que hasta entonces sólo había interesado desde la perspectiva clínica de la posibilidad sexual, que aún sigue siendo mayoritaria en el ámbito de la investigación (Bulcrof y Bulcrof, 1991; Bulcrof y O’Connor, 1986; McElhany, 1992; Steitz y Walker, 1990).

El estudio de Talbott hace hincapié en la escasez de investigaciones sobre el tema en el ámbito de la gerontología social, destacando sobre todo la existencia de una gran heterogeneidad en la sexualidad de los mayores cuyos factores son desconocidos. Hasta el momento desconocemos qué clase de personas y en qué circunstancias tienen interés y actividad relacional con personas del otro género. La autora desglosa en varias categorías las posibles influencias o circunstancias que determinan las conductas afectivo-relacionales de los mayores: generacionales (cohorte), personales y biológicas. De esta manera, Talbott obtiene una serie de conclusiones interesantes sobre las mujeres mayores y sus actitudes hacia las relaciones amorosas, que podemos llamar los postulados de Talbott:

- a) Las viudas que se han casado más de una vez están más interesadas en el segundo matrimonio que las que sólo lo han estado una vez, si bien esta actitud no se materializa en una conducta que conduzca a dichas mujeres a un mayor número de citas con hombres (Bulcrof y Bulcrof, 1991).
- b) Las mujeres cuyos matrimonios han sido más largos están menos interesadas que aquéllas cuyos matrimonios han tenido una duración menor.
- c) Las mujeres cuyos matrimonios han sido satisfactorios se encuentran más interesadas en volver a casarse que aquéllas que han pasado por experiencias desagradables o insatisfactorias. No obstante, aquí se ha descubierto una relación curvilínea en forma de u invertida, de manera que en ambos extremos (matrimonios muy satisfactorios, matrimonios nada satisfactorios) encontramos los grados más bajos de interés por los hombres, mientras que aquellas personas que han pasado por matrimonios de satisfacción media se encuentran en mayor medida atraídas por la posibilidad de iniciar nuevas relaciones.
- d) Las mujeres con mayor grado de actividad presentan mayores niveles de atracción por los hombres: aquéllas que conducen o trabajan muestran más deseo de iniciar relaciones con hombres que quienes no lo hacen.
- e) Las viudas que experimentan épocas de duelo y fuertes depresiones con frecuencia se muestran menos interesadas que aquéllas que superan con mayor estabilidad emocional la pérdida de su marido (Sosa, 1994).
- f) Quienes prestaron cuidados a su marido en sus últimos días se encuentran menos interesadas por los hombres que quienes no lo hicieron. A pesar de todo, mientras que en España el prestar cuidado a una persona mayor es una razón para no volver a casarse (Alberdi y Escario, 1988), en Estados Unidos es una de las razones para volver a hacerlo, lo que muestra la fuerte interiorización del rol de cuidadoras dado por la sociedad a las mujeres.
- g) Quienes gozan de buen estado financiero muestran menor necesidad de iniciar relaciones que aquéllas con apuros económicos.
- h) Las mujeres de más edad y con peor estado de salud muestran menos interés que las más jóvenes y con mejor salud.

Talbott señala, como conclusiones generales, el escaso porcentaje de mujeres que volverían a casarse, mostrándose el 79% de su muestra opuesta al segundo matrimonio, encontrándose a favor tan sólo el 15% de la misma, cifra que coincide con el 14% de mujeres de la muestra que mantenían una relación seria con un hombre en el momento en que fueron realizadas las entrevistas. Como causas de la falta de interés, la autora señala dos fundamentales:

- a) La escasez de hombres interesantes (debido a la incidencia de la mortandad de forma diferencial según género).
- b) La idealización del marido (“husband sancti cation”), lo que constituye un obstáculo a la hora de encontrar una persona capaz de acoplarse al modo de vida establecido años atrás.

Otro asunto particularmente relevante es la desigual estrategia que se establece ante la viudedad entre los medios rurales y urbanos. Tal como señalan distintos especialistas en la materia (García Sanz, 1998), la viudedad en el medio rural tiene unas características diferenciales. Entre éstas se encuentra el sobre-envejecimiento de las zonas rurales, lo que conlleva un mayor porcentaje de personas mayores viudas que, a la vez, se encuentran más envejecidas y con mayores dependencias físicas que en los medios urbanos (a partir de los 80 años se nota un más elevado efectivo de las cohortes de personas mayores viudas en las zonas rurales), así como con unos menores recursos de apoyo social. La incidencia de la discapacidad añadida que conlleva la sobre-edad afecta, por tanto, en una mayor proporción a los medios rurales que a los urbanos.

De otra parte, desde el punto de visto económico y tal como se ha puesto de manifiesto en distintos informes de la Unión Europea y de España (García Sanz, 2003), la renta de las personas mayores viudas en los medios rurales es sensiblemente inferior a la de sus homólogos en los medios urbanos. Distintos trabajos han puesto también de relieve que, a pesar de la menor renta, los mayores de medios rurales gastan menos y ahorran más (García Sanz, 1998; Sánchez Vera, 2001). Otro factor importante de la viudedad en el medio rural es una elevada –aunque relativa– masculinización de la viudez. Es importante matizar que, si bien la viudez está generalmente feminizada, esta feminización es sensiblemente menor en los medios rurales.

Desde el punto de vista ideológico, y a la hora de analizar la vejez activa, la relación entre tamaño de hábitat y edad tiende a presentar un perfil ideológico del mayor algo más conservador que el de su homólogo urbano, tal como hemos señalado en otros lugares, si bien es difícil deslindar este hecho de otras variables tales como el género o el nivel de instrucción (Sánchez Vera y Bódalo, 2000).

Desde la perspectiva económica, la viudedad suele repercutir en la movilidad social descendente del mayor, aunque no necesariamente tiene que ser así. De los dos millones aproximadamente de personas mayores viudas en España, la mayoría son mujeres. La situación de la mujer viuda es especial ya que existe un proceso contrastado de adaptación a la viudedad dedicándose a la esfera familiar. No es de extrañar que abunden las reflexiones sobre cómo esta predisposición de

la mujer viuda a volcarse con los hijos y los nietos es utilizada frecuentemente por éstos para tener una “cuidadora siempre disponible y gratis”.

No cabe duda de que un aspecto de importancia en la vida de la persona mayor viuda es todo lo relacionado con el proceso de adaptación a su situación económica pues, como es sabido, con la viudedad, al igual que ocurre con la jubilación, suele haber una contracción en la situación económica, a la que necesariamente deben adaptarse. En los muy abundantes trabajos sobre la pobreza de los mayores en España (Alfageme, 2000; Paniagua, 1993), sobre sus necesidades (Pérez Ortiz, 1998), sobre su calidad de vida (Sáez y Méndez, 1997), sobre el bienestar (Moragas, 1981 y 1991) y/o sobre su situación económica en general (Cano Lozano, 1990; Sánchez Vera, 2000), sobre la situación económica de colectivos concretos como es el caso de las viudas (Salvador, 1997; Bleda, Centelles y Uña, 1998) o de los mayores en el medio rural (Paniagua, 1997; García Sanz, 1997), son frecuentes las referencias a la viudedad como causa de empobrecimiento.

La merma de poder adquisitivo tras el enviudamiento es muy diferente según el género. Así, diferentes estudios referidos a España han puesto de relieve cómo la pérdida del cónyuge conlleva un descenso del 22 % para los hombres y del 44% para las mujeres. Esta diferencia es debida, fundamentalmente, a que la generación de mujeres mayores raramente ha trabajado fuera del hogar y son subsidiarias de pensiones no contributivas (de cada nueve viudos que reciben ingresos de la pensión de jubilación, sólo 2,9 son mujeres). Según la legislación española, la pensión de viudedad se calcula aplicando el 52% a la base reguladora del sueldo o de la pensión del cónyuge, cuando la necesidad suele reclamar que ese cálculo se realice al menos sobre el 80%. La pensión media de viudedad en España ronda los 600 €.

También se da la circunstancia, en algunos casos, de que la mujer mayor viuda se deje asesorar por los hijos que, con frecuencia, “intervienen” en la gestión del patrimonio y de las cuentas bancarias. Si algo falta a los mayores españoles, a diferencia de sus homólogos europeos, es autonomía y libertad en la gestión de su patrimonio. Sería deseable una mayor autonomía de nuestros mayores y una cierta “desvinculación” simbólica de sus hijos que les permitiera vivir con un mayor grado de autonomía en todos los ámbitos de su vida, incluidas, claro está, las decisiones económicas. En cualquier caso, y aun no interviniendo directamente, sí que hay una preocupación —que suele ser común— por que los hijos aparezcan en todas las libretas de ahorro y cuentas bancarias de la madre.

Sin embargo, poco a poco se va observando una mayor autonomía en el poder de decisión de la mujer viuda sobre su patrimonio y su dinero. Concurren en esta

circunstancia variables generacionales, pero también otras referidas al cambio social y a los efectos que la cultura económica ejerce en la sociedad, incluso dándose la circunstancia de que sorprende la audacia con que algunas mujeres mayores se dirigen en el terreno de la toma de decisiones económicas una vez que se han visto desligadas de ciertas ataduras conyugales (Sánchez Vera, 1992).

Un factor escasamente estudiado y de gran importancia es la herencia y el proceso seguido por ésta tras el enjuiciamiento. Las dificultades que la herencia puede generar con la familia política en algunos casos y en la distribución de la misma a los hijos (de haberlos) son algunos fenómenos que deberían ser tomados más en consideración. Según esto, muchos mayores preferirían no decidir el reparto de la herencia hasta los últimos días de su vida, y siempre en función del trato dispensado por sus hijos, familiares o personas más allegadas, estando este asunto íntimamente relacionado con el reparto de la carga en el cuidado y con el lugar de residencia del mayor.

En cuanto a los procesos de adaptación a la viudedad, la familia –principalmente la propia y en mucha menor medida la política– va a aparecer como un punto básico de apoyo en tales procesos. La mujer mayor viuda, en general, va a estar más volcada con la red familiar que el varón, por lo cual los apoyos recíprocos se van a ver intensificados tras la viudez. El volcarse con los nietos y con los hijos o el intensificar la relación con hermanos u otros familiares va a resultar un atenuante de primer nivel en la adaptación a la viudedad. En otros lugares nos hemos ocupado de este intercambio en la red familiar (Sánchez Vera y Bote, 2008). El varón, en general, va a mantener una vida más independiente y despegada de los hijos y familiares (al haber estado tradicionalmente más volcado que la mujer hacia actividades laborales y de amistad).

Si bien las redes sociales se producen dentro de un contexto amplio, éstas tienden a verse alteradas con la viudedad, y tanto viudas como viudos sufren modificaciones en las relaciones con los amigos después de la pérdida del cónyuge (Morgan y March, 1992; Pérez Ortiz, 2006). Así, las amistades que se articulan en torno a la pareja –conocido como *couple companionate friendships*– se suelen ver más alteradas en el caso de la mujer, siendo frecuente que tras la viudedad los amigos casados de ambos acaben distanciándose por falta de trato o, sencillamente, porque la mujer viuda se siente desplazada, entre otras cosas, por tener unos hábitos de vida cotidiana –o si queremos unos “estilos de vida” (Andrés Orizo, 1991)– o unos intereses diferentes (Lopata, 1996). Pese a todo, el papel de los amigos favorece el proceso de adaptación a la viudedad (Lamme y otros, 1996), extremo éste que ya habían llamado la atención de Alberdi y Escario (1986).

Tras esta breve aproximación a distintos aspectos, condicionantes y efectos relacionados con las estrategias de adaptación a la viudedad de las personas mayores, nos adentraremos en su desarrollo, teniendo en cuenta que, para la obtención de los resultados, hemos seguido la siguiente estrategia metodológica, basada en el uso combinado de métodos y técnicas de investigación de tipo cuantitativo y cualitativo:

1. Para empezar, la consulta de fuentes de información demográfica y social, aplicando la técnica del análisis de datos secundarios; entre ellas destaca el Censo de Población de 2001, que es el último realizado hasta el momento en España, así como otros anteriores (los censos de 1991, 1981, 1970 y 1950). Del INE hemos utilizado datos extraídos del Padrón de Habitantes y del Movimiento Natural de la Población. También se ha prestado una atención especial a la Encuesta sobre Condiciones de Vida de los Mayores de 2004 del IMSERSO.
2. En segundo lugar, hemos realizado una serie de entrevistas en profundidad a testigos directos, es decir, a personas que, bien por su profesión o en algún caso por su propia experiencia, conocen muy de cerca el tema objeto de estudio, la viudedad. Se trata de dos trabajadores sociales, de la presidenta de una asociación de viudas, de la responsable de un centro especializado de atención a personas mayores, de un médico geriatra y de un representante de una asociación de pensionistas y jubilados.
3. Por último, hemos empleado la técnica de la encuesta. Se ha aplicado un cuestionario por teléfono a un total de 400 personas mayores viudas, a nivel nacional. Los principales bloques temáticos han sido la forma de experimentar la viudez, las consecuencias inmediatas, la reorganización de la vida, los problemas cotidianos y las relaciones familiares y sociales.

Capítulo 1. Aspectos sociodemográficos de las personas mayores viudas en España

A la mayor longevidad femenina, hay que añadir el hecho de que en los momentos en que contrajeron matrimonio, la brecha de edad de género era frecuente elevada, abundando los matrimonios donde el varón tenía diez años más que la mujer en el momento del matrimonio. Este hecho, es sin duda determinante en cuanto las probabilidades objetivas: A) Del mayor número de mujeres viudas. B) Del mayor tiempo real de viudedad de estas.

Un asunto íntimamente ligado a la disminución del tamaño de los hogares que viene acaeciendo en la sociedad española reciente es, sin duda, la elevada presencia de la viudedad como estado civil hegemónico (Sánchez Vera y Bote, 2008), que aparece básicamente en dos tipos de hogares, unipersonales y monoparentales, siendo los primeros la forma de convivencia preeminente de los mayores viudos en España. En cualquier caso, al igual que con la viudedad en general, existe una cierta orfandad de investigaciones que abunden y profundicen en la influencia de la constitución y la construcción de un hogar monoparental.

Viudedad y monoparentalidad es un asunto particularmente interesante por los efectos económicos negativos que suele tener en este tipo de hogares (especialmente vulnerables) la situación de viudedad (Sánchez Vera, 2003; Burkhauser y otros, 2005; Zick, Holden y otros, 2000).

Por otro lado, los hogares unipersonales –hegemónicos tras la viudedad– conllevan, en la mayor parte de los casos, unos procesos de adaptación del mayor a la vida en soledad (Iglesias de Ussel, López Doblas y otros, 2001) que no suelen resultar nada fáciles, aun en los casos en los que la vida matrimonial y conyugal no ha sido especialmente feliz, tal como señalan algunos especialistas (Lopata, 1996).

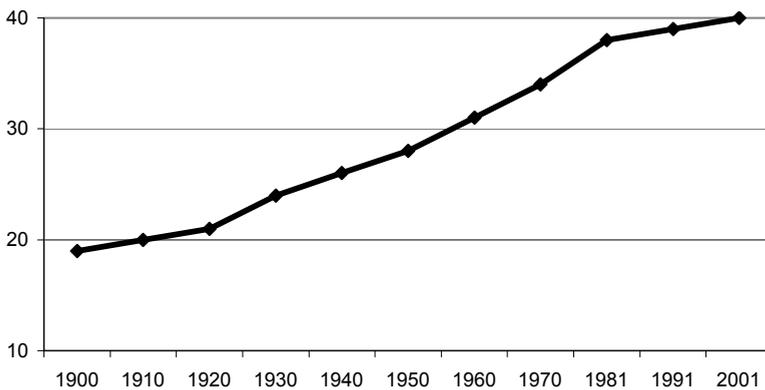
Tal como señalamos en otros lugares referido a los cambios demográficos, el número de hogares unipersonales encabezados por mayores de 65 años está incrementándose rápidamente (Sánchez Vera P, 1.993), entre otras cosas por

la creciente longevidad general, así como por la cada vez mayor diferencia de esperanza de vida entre hombre y mujeres (en torno de los 6 años de diferencia media).

Otra explicación al crecimiento del número de hogares unipersonales encabezados por mayores de 65 años, a la que se refieren algunos especialistas en sociología de la familia (Meil 2.002: 99) es el cambio en las normas de solidaridad entre generaciones, esto es, cómo la viudedad ha dejado de ser una causa de reagrupamiento de las generaciones (el padre o la madre viuda va a vivir a casa de algún hijo). Este hecho, sin duda importante en la sociedad española, no supone en modo alguno que se hayan debilitado los lazos familiares. Estos siguen siendo intensos, ya que la norma que va a regir la relación entre las generaciones es la separación residencial hasta que la edad o la enfermedad hagan inviable el modelo de “intimidad a distancia” (o.c: 99-100).

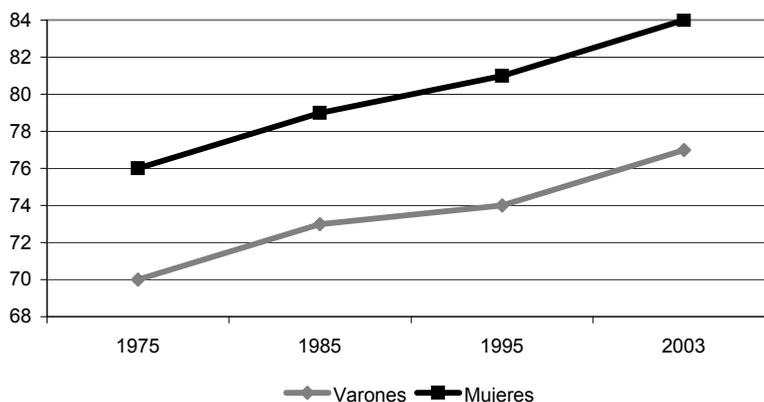
La población española pasó de apenas 20.000.000 de habitantes en 1900 a 40.000.000 en el año 2001 (gráfico 1).

Gráfico 1. Evolución de la población española en el siglo XX.



Fuente: Instituto Nacional de Estadística

Los hechos más significativos que influyen en esta evolución son: los efectos de la Guerra Civil de 1936, la disminución de la mortalidad infantil a partir de los años 60 y el impacto del “baby boom” de esta década, el brusco descenso del número de hijos por mujer desde los años 70 hasta la actualidad, el progresivo aumento de la esperanza de vida (gráfico 2) y el crecimiento de la población inmigrante en los últimos diez años.

Gráfico 2. Evolución de la esperanza de vida desde el año 1975

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

En los últimos veinte años, la población de personas mayores de 65 años, entre las cuales se encuentran la mayoría de los casos de viudedad, ha crecido un 50%: constituyen 7.477.761 efectivos del total de los 44.708.964^{*} habitantes que tenía España el 1 de enero de 2006 (tabla 1).

Tabla 1. Población mayor de 64 años a 1 de enero de 2006

Edad	Ambos sexos	Varones	Mujeres
65-69	1.904.917	895.036	1.009.881
70-74	1.976.303	896.383	1.079.920
75-79	1.621.794	685.529	936.265
80-84	1.122.413	428.417	693.996
85 y más	852.334	256.634	595.700

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

Esta cantidad representa un aumento de casi 4 puntos con respecto a los datos de 1991 y supone el 17,60% de la población total, lo que unido a la disminución de la población con menos de 15 años (más de 5 puntos) ha supuesto un acusado envejecimiento de la población (tabla 2).

* INE. R.D. 1627/2006 de 29 de diciembre.

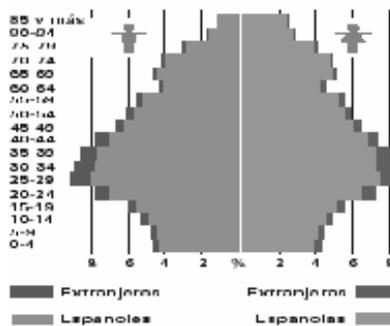
Tabla 2. Evolución de los porcentajes de población según grupos de edades (1991-2006)

Grupos de edades	1991	2001	2006	Diferencia
0 – 14	19.48	14.67	14.2	- 5.28 ptos.
15 – 64	66.73	68.43	67.13	
65 y más	13.79	16.89	17.60	+ 3.81 ptos.

Fuente: INE. Elaboración propia

La ralentización de este proceso de envejecimiento en el último quinquenio se ha debido a la presencia de inmigrantes extranjeros*. La forma de globo de la pirámide de población del gráfico 3 muestra este fenómeno, así como el impacto por tramos de edad de la población inmigrante:

Gráfico 3. Pirámide de la población española y extranjera



Fuente: Instituto Nacional de Estadística

En el Censo de Población de 2001 se encontraban viudas algo más de dos millones y medio de personas de más de 15 años de edad, es decir, el 7,4% de la población (tabla 3). De ellas, 470.123 (el 17,1%) son hombres y 2.273.123 (el 82,9%) son mujeres.

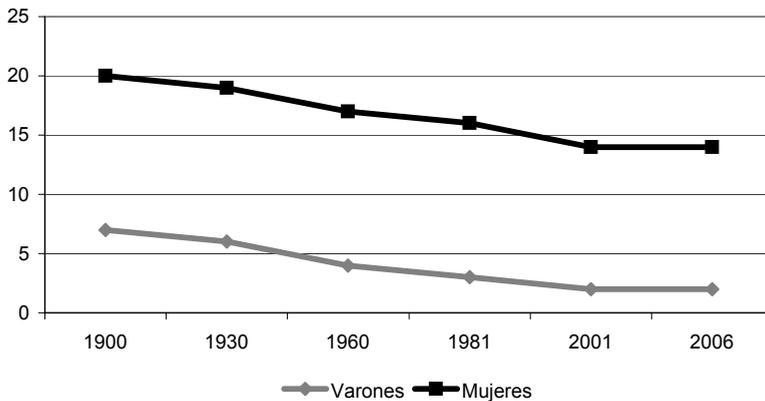
* Además del rejuvenecimiento de la población española debido a que la mayoría de los inmigrantes son menores de 50 años, su contribución también se ha hecho notar en el incremento del número medio de hijos por mujer. Así, en el año 2005, por primera vez desde 1993, se eleva a 1,34 el número medio de hijos por mujer (indicador coyuntural de fecundidad) en España, perteneciendo el 15% de hijos a madres extranjeras.

Tabla 3. Población de 16 y más años, según estado civil

	2001	2005	2006 (III trim.)
Ambos sexos (miles)	34.246	36.652	37.065
Solteros/as	10.728	11.480	11.737
Casados/as	20.059	21.124	21.110
Viudos/as	2.588	2.680	2.756
Separ./Divor.	871	1.367	1.461
Varones (%)	48,68	49,95	49
Solteros	54,94	55,33	55,4
Casados	49,99	50,09	50,22
Viudos	26,66	26,79	26,33
Separ./divor.	36,55	40,78	41,18
Mujeres (%)	51,32	51,05	51
Solteras	45,06	44,67	44,6
Casadas	50,01	49,91	49,78
Viudas	83,34	83,21	83,37
Separ./Divor.	63,45	59,22	58,82

Fuente. EPA. Elaboración propia

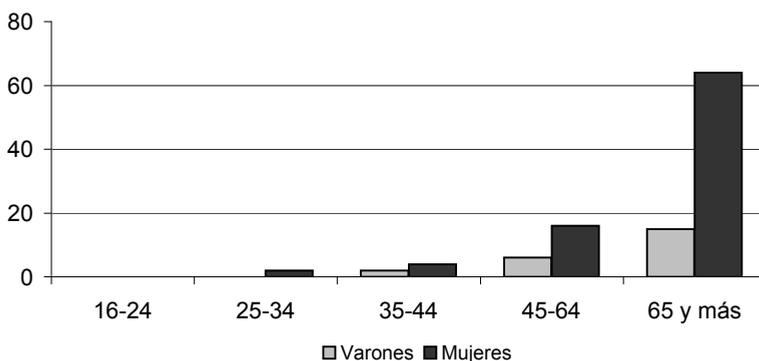
Durante todo el siglo pasado, si bien ha crecido paulatinamente la población (excepto, en el caso de los varones, en las décadas posteriores a la Guerra Civil de 1936-1939 por sus efectos en la mortalidad masculina) ha disminuido su participación porcentual en 3 puntos debido a las mejores condiciones de vida (gráfico 4).

Gráfico 4. Evolución de la viudedad según sexos (1900-2006)

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

1. Factores determinantes: edad y sexo

La población está más feminizada a medida que aumenta la edad, lo que se traduce en mayor número de viudas que de viudos, como lo demuestra el hecho de que cerca del 83% de las personas viudas en el Censo de Población de 2001 eran mujeres. Otro dato de sumo interés es que, de cada cien situaciones de viudedad registradas en España, casi las dos terceras partes (el 64,61%) corresponden a mujeres mayores de 65 años; además, el 15,36% son mujeres de 45 a 64 años, confirmando el hecho de que la viudedad es conocida fundamentalmente por efectivos femeninos (gráfico 5).

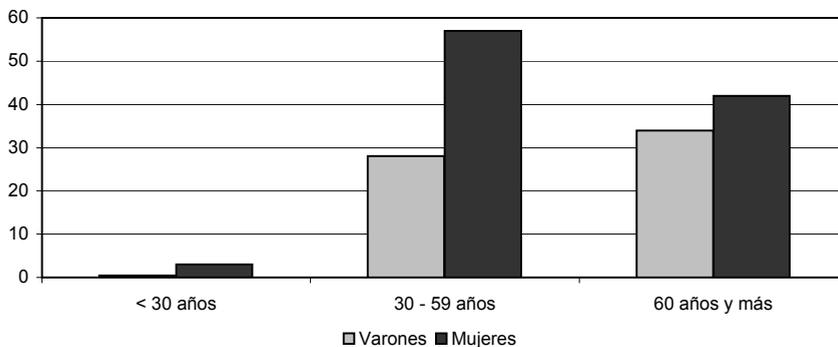
Gráfico 5. Distribución de la viudedad según sexos y edades

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

2. Segundas nupcias

Los varones viudos que vuelven a casarse, considerando todos los tramos de edad susceptibles de contraer matrimonio, doblan el número de mujeres viudas que tienen el mismo comportamiento, aunque en el grupo de personas mayores de 60 años esta diferencia se incrementa hasta casi quintuplicarla (gráfico 6). El hecho de que los varones viudos que contraen segundas nupcias sea mayor que el número de mujeres viudas se debe a factores de dependencia, tanto “afectiva” –no soportar la soledad–, como “doméstica” –aseo personal, alimentación, etc.–, y a que hay un fuerte desequilibrio numérico entre viudos y viudas, como se ha visto anteriormente.

Gráfico 6. Segundas nupcias de los viudos según sexo y edad (2004)



Fuente: INE. Movimiento Natural de la Población

La tendencia general respecto a contraer segundas nupcias en los últimos 25 años es descendente. Sólo el 0,12% de las personas viudas en el año 2004, por ejemplo, volvieron a casarse, lo que representó el 1,5% del total de matrimonios habidos ese año.

3. La mortalidad

Las estadísticas de muerte se mantienen constantes hasta los 80 años de edad en ambos sexos por grupos de edad, en el sentido de mayor mortalidad de varones que de mujeres, aunque tendiendo a igualarse a medida que se avanza en edad, excepto entre los 80 y los 89 años, cuando mueren más mujeres que hombres (tabla 4).

Tabla 4. Mortalidad por tramos de edad (año 2004)

	60-69		70-79		80-89		90 y más	
Total	40.600		95.648		128.237		58.664	
Varones	28.242	69,56%	58.042	60,68%	56.581	44,12%	41.053	69,98%
Mujeres	12.358	30,44%	37.606	39,32%	71.656	55,88%	17.611	30,02%

Fuente: INE. Movimiento Natural de la Población

Respecto a las personas viudas, hay mayor mortalidad de viudas que de viudos, el 60% y el 20% respectivamente, representando las personas viudas que mueren el 39% de los fallecidos del año. La explicación de esta diferencia se debe al mayor número de viudas que de viudos, especialmente en los tramos de edad avanzados, como hemos visto. Las causas de esta incidencia de la mortalidad por tramos de edad se deben a factores biológicos y de salud relacionados directamente con el sexo, la evolución y el envejecimiento de la población.

4. El suicidio

Tal como señalamos en la introducción, el estado de viudedad aportó, por ejemplo en el año 2003, el 10% de los suicidas, porcentaje que es sensiblemente inferior al de los casados o solteros. En relación con su propia población, las probabilidades de suicidio de las personas viudas ocupa el segundo lugar después de los separados/divorciados con un 0,083 por mil. El comportamiento de las personas viudas en relación con el fenómeno del suicidio revela que los varones se suicidan más que las mujeres: tres varones por cada mujer. Por edades, no se aprecian cambios importantes en los comportamientos fundamentales del suicidio, incluyendo la mayor incidencia del suicidio en las personas de 60 y más años de edad. La evolución de los datos del suicidio en los últimos veinticinco años indica un descenso importante de los suicidas viudos, cuya explicación se encuentra en los cambios mentales habidos en la sociedad española respecto de la “dependencia emocional y económica” de su cónyuges, especialmente en las viudas.